



Fernando Benito. (J. Bérchez, 2007)

# *Fernando Benito (1949-2011), una urbanidad artística\**

**Joaquín Bérchez**  
Académico de Número

A quienes tuvimos la inmensa suerte de conocer a Fernando Benito, de vivirlo como amigo, como colega, aun en esa media distancia elegante y plena de chispa irónica, su desaparición nos ha puesto en razón de nuestra propia fragilidad, de lo caduco de la vida. No era una persona al uso en la común cosecha cultural, ni del ámbito valenciano ni del español.

He de confesar que fuimos grandes amigos, una amistad que nació joven y maduró al calor de nuestras respectivas pasiones vitales e intelectuales, él con la pintura y yo con la arquitectura. Juntos escribimos artículos y libros, llegamos a dar conferencias al alimón, durante siete u ocho intensos años. Las peripecias de la vida universitaria nos llevaron, tras confrontarnos, a apartarnos durante un prolongado tiempo, eso sí, atravesado por fortuna con un intachable respeto, sin duda facilitado por esa impagable media distancia que genera la estima y el decoro profesional entre personas que aspiran, en términos orteguianos, a ejercer “obra de intelecto”, y encumbra esta pasión a las personales.

Entre las últimas circunstancias de mi vida, que preservo con más honra, está sin duda, la recuperación de esa amistad en estos últimos años. El descubrimiento personal de su deteriorada salud me sobrecogió, me hizo sin duda pensar en esas infrecuentes e intensas amistades, íntimas y silenciosas, que generan nuestras pasiones volcadas hacia las cosas de la cultura, del arte, por encima posiblemente de otras emociones de la vida.

No es muy pródiga la vida cultural valenciana en personalidades como la de Fernando Benito. Su persona no admitía medias tintas. Valoraba con fruición la amistad incondicional y él sabía serlo del mismo modo, sin caer en compadreo. De un refinamiento visual excepcional y elegante, además de la historia de la pintura —que convirtió en columna vertebral de su vida académica y universitaria— tuvo una exquisitez cinematográfica fuera de lo común. A mí, en nuestra joven amistad, me hizo descubrir tempranamente a Brian de Palma, en sus excesos pero

también en el sólido cine que destilaban sus películas, o, sobre todo, las delicadezas sensoriales del cine de Max Ophuls.

Tenía arraigado en su ánimo el mordiente del arte y su historia, y lo tenía en la más alta consideración de sus valores como persona. Admiré en él su persistente empeño, su *savoir faire* para torear circunstancias que otros no hubiéramos tenido la paciencia o la humildad para llevarla a buen término, y si en algún momento transigió, ese “ceder” lo fue a favor de su pasión por la pintura, por otorgar porvenir al Museo de San Pío V, al conocimiento de la historia del arte, a sus pintores de siempre. No fue desde luego “su porvenir” personal, y hoy tenemos la fortuna de que sus pasiones personales trascendiesen inteligentemente.

Supo poner en razón el Museo de San Pío V –por más detractores que surgieran en los últimos momentos de su vida– buscando crear un museo sensible, placentero en lo cultural, pensado como lugar para lograr las horas en la

contemplación del arte, antes que para gastarlas banalmente, con esos simulacros harto frecuentes de la actual cultura consumista.

Que el mejor y postrero homenaje a su persona sea el de respetar su construcción historiográfica, llenando lagunas desde luego, pero prosiguiendo la madurez artística y museográfica que Fernando Benito supo infundirle de un modo intachable.

Que su final, con el nada, polvo, ausencia, con el escalofriante «fuese y no hubo nada» que nos recuerda el soneto cervantino al túmulo sevillano de Felipe II, no se quede en cruda y patética expresión de la vida.

Queda su obra, queda el museo, ese legado metafórico de su existencia al que se entregó con tanta urbanidad artística.

\* Estas notas, escritas en los días inmediatos a su fallecimiento fueron publicadas en el diario *Levante-EMV*, 21/5/2011.